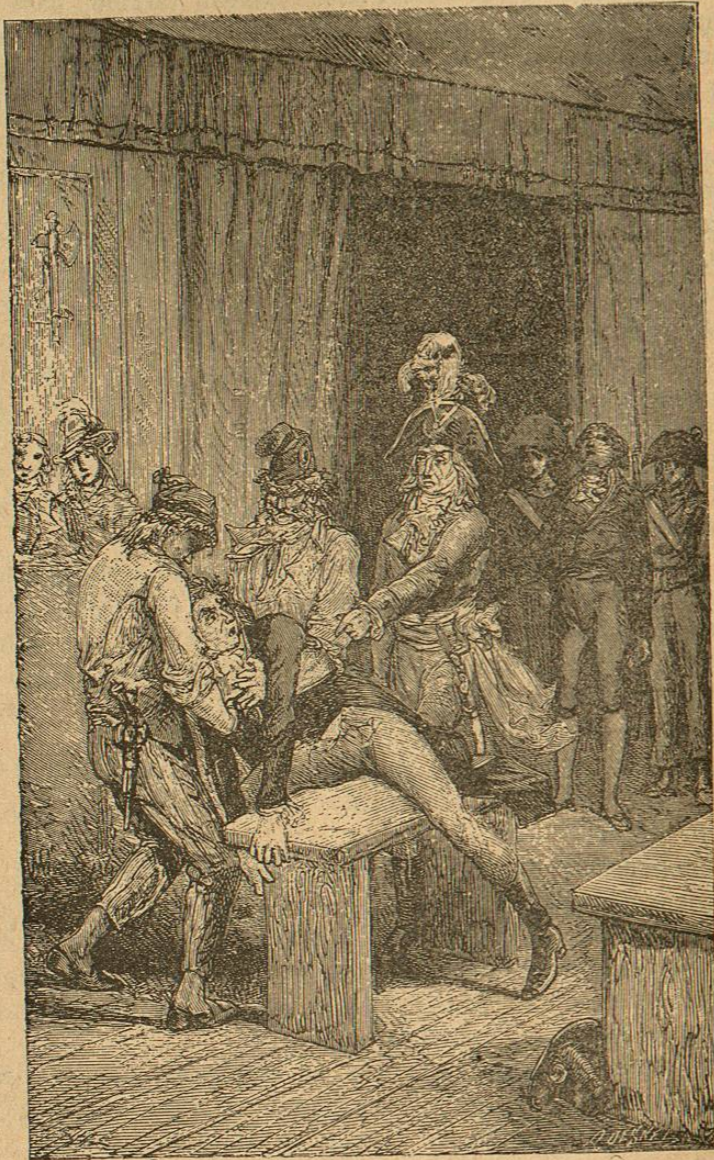


¿Cómo figuraba Herault entre los acusados? El quería saberlo. Se le mostró un abultado manuscrito, obra innoble de la policía. Nada

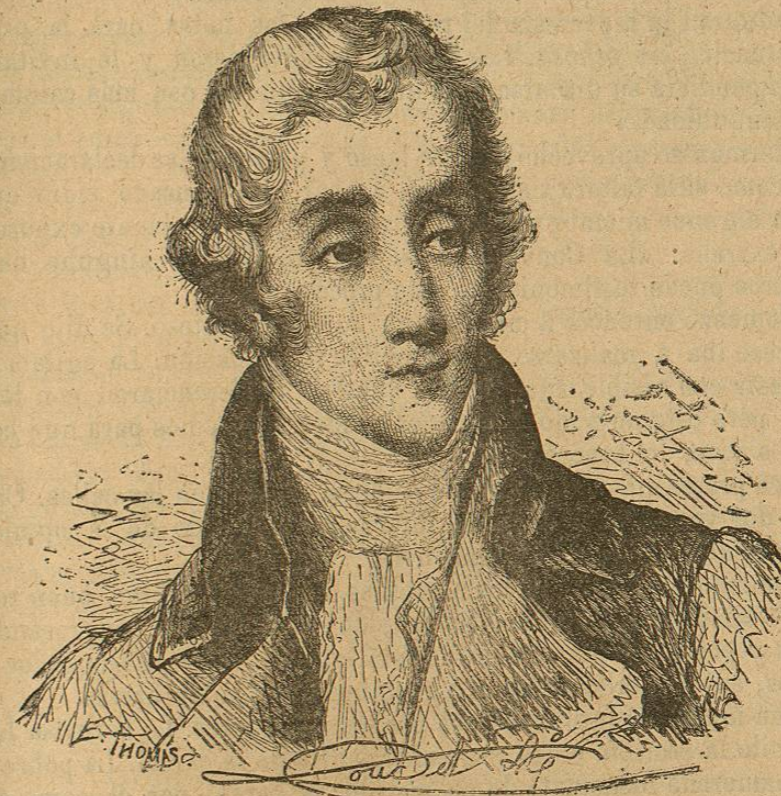


Camilo hizo un poderoso esfuerzo .. (Pág. 409)

prueba que conspirara con el extranjero. Los mismos jueces declararon que semejante conspiración no estaba demostrada. Por duro que tuviesen el corazón no podían ver sin horror que peligraba la vida de un inocente, de un justo.

Era necesario que hablase Danton. El cambió la faz de las cosas. La sala se transfiguró, tembló el pueblo, los cristales trepidaron. Danton se convirtió en el juez acusador. Todas las miradas se dirigieron hacia los verdaderos culpables, los miembros del comité.

Danton dijo en su nombre y el de Philippeaux y Desmoulins que acusaba al comité porque éste se había convertido en acusador. Los ju-



FOUCHÉ

rados comenzaron á desfilar. Herman, Fouquier y Henriot asustados ante la actitud del pueblo y la poderosa elocuencia de Danton, levantaron la sesión (3 de Abril).

Fué un discurso de vencedor que hundió á los innobles jueces. Aquí se manifiesta evidentemente la falsificación de los documentos. Han mutilado su discurso, borrando sus períodos más brillantes y persuasivos. Se ha llegado á confundir las sesiones del 2 con la del 3.

Danton habló durante toda la sesión del día 3 y el acta no da de su discurso más que seis páginas. Coffinhal lo ha cercenado todo: pruebas, testimonios, declaraciones: ha dejado solo las palabras en que los

acusados se expresaban con fiereza, con desesperación. El bárbaro mutilador, al truncar las supremas palabras de un hombre que se veía á dos pasos de la muerte, no tiene otra pretensión que la de presentarlo como un tipo burlesco.

La muchedumbre inmensa que oyó á Danton el día 3 lo encontró tan persuasivo, tan concluyente, que lo aplaudió con entusiasmo.

Herman dice á Danton: «Estás fatigado, Danton: cede la palabra á otro: te la reservaré para cuando hayas descansado.»

Admirad la hipocresía del redactor de las notas para la prensa: «Su situación era penosa. Los jurados lo advirtieron y le invitaron á que suspendiera su discurso para que lo reanudara con más calma, con más tranquilidad.»

Herman se aprovechó de este lapso y precipitó las declaraciones de todos como si le faltara tiempo para acabar. Un acusado pidió que se citaran algunos miembros de la Convención y el presidente expuso una teoría extraña: «La Convención es tu acusadora y ninguno de sus miembros puede testimoniar en este proceso.»

Comenzó entonces á circular un rumor espantoso. Se dijo que en el proceso iba á realizarse una horrible maquinación. La agitación se manifiesta con visible fuerza. Los jurados conferenciaron con Robespierre; pero éste no pudo facilitarles ni ideas ni medios para que continuara la vista del proceso.

Los presos querían saber qué se decía de ellos en las calles. Chaumette, dos veces por día, recibía informes del estado de la opinión y facilitó estas noticias á sus compañeros.

Las maquinaciones de los enemigos de Danton dieron buen resultado. Se susurró que Danton había sido vencido. Fué engrosando la opinión y por todas partes oíase la fatal noticia. Horrorizáronse los prisioneros, enfureciéronse. En el Luxemburgo no había armas.

Una mujer errante trabajaba por los prisioneros. La hermosa Lucila. Camilo la escribía todos sus sufrimientos de la cárcel. La pobre Lucila, enamorada locamente de su marido, se perdió por él, como él se había perdido por la Francia.

Le escribió á Robespierre. Le recordó que había sido testigo de su boda, que él había sido su primer amigo, que Camilo no había hecho más que trabajar por su gloria, añadiendo estas palabras de mujer enamorada, encantadora: «Vas á matarnos á los dos: matarlo á él es matarme á mí.»

No obtuvo respuesta. Escribió despues á su admirador Dillon: «Háblase de hacer otro Septiembre. ¡Será de hombres de corazón defender al menos esos días!...»

Los prisioneros sintiéronse fortalecidos ante tan hermosa uncción.

Dillon, tan bravo como hablador, bebiendo con Laffotte, le entregó estas cartas y le confió todo lo que conocía. Laffotte le oyó hablar hasta

el final. Al día siguiente tolo lo contó á Saint-Just, á quien le faltó tiempo para descargar el golpe.

La asamblea durante estos días estaba muy desanimada. Del 5 de Septiembre al 21 de Diciembre la Convención formábase de unos doscientos miembros presentes. El día 4 de Abril, en las primeras horas de la mañana, apenas había público. Los montañeses estaban abatidos. Se habían convencido de que á la voz de Robespierre, la derecha y el centro, los mudos, votaban como un solo hombre con el pequeño grupo de los robespierristas. Esto se observó el mismo 4 de Abril.

La sesión se abrió de un modo grotesco y siniestro. Legendre ingenuamente expresó «su miedo y el de su esposa» cobijándose en cierto modo al amparo de la Asamblea. Las figuras prolongaronse terriblemente cuando el arcángel de la muerte, Saint-Just, apareció en la tribuna. Habló contra los acusados y aventuró las siguientes palabras: «Notad la distancia que nos separa de los culpables.»

«Todo acusado que se resista ó que insulte será excluído de los debates.» Esta era la fórmula del asesinato inmediatamente votada, como se hacía para diezmar la Montaña.

Cuando se votó el decreto apareció la mujer de Philippeaux bañada en lágrimas: «¡Abajo los privilegios!» dijo Robespierre, y rechazó á aquella mujer en nombre de la igualdad.

Legendre terminó dignamente la sesión pidiendo que Simon, un ciudadano amigo suyo, fuese entregado al tribunal revolucionario.

Herman interrogaba á los comparsas, á los acusados secundarios. Mientras se desarrolla esta farsa llegan tres miembros del comité con el decreto votado en la Convención. Voulland, enrojecido, entrega el decreto á Danton y éste dice: «El decreto está aquí: ya no pueden escapar de nuestras manos.»

Amar, lívido como un muerto, se esforzó para aparecer enérgico. Nicolás y Arthur frotábanse las manos.

Danton: «Mira—dijo con voz de fuego á Desmoulins—mira á estos asesinos como nos persiguen hasta la muerte.»

Cuando se leyó el decreto, en la noche del 4, todo parecía terminado.

La resistencia de Naulin había sido contagiosa. Las palabras vibrantes de Danton llegaron al fondo del alma. Pero los jurados fríamente dijeron: «Nosotros ya no somos jurados: somos hombres de Estado.»

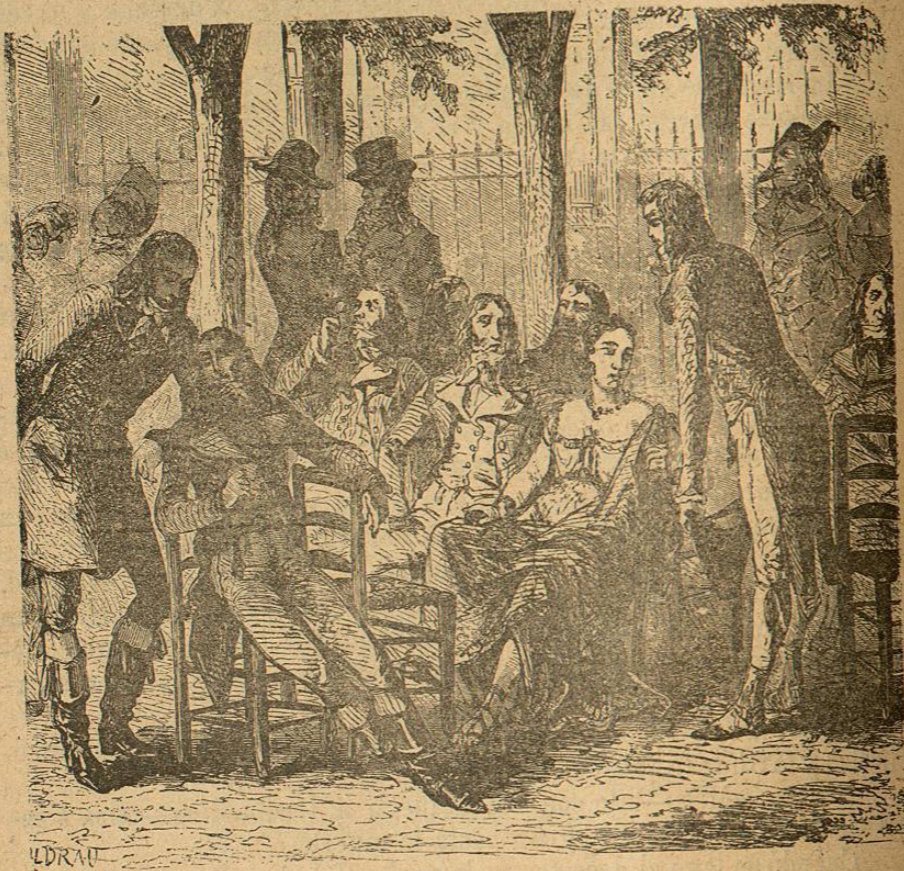
La noche del 4 al 5 fué de horrible discusión. Al amanecer todos estaban fatigados, extenuados. Desfilaron los jurados. Iban no como hombres, si no como maniqués. Estaban horrorizados.

«Los jurados están satisfechos. Los debates han concluído.»

«¡Han concluído!...—dijo Danton.—¡Si aun no han comenzado!... ¡Aún no habéis leído las pruebas ni oído á los testigos!...»

Desmoulins había escrito una violenta refutación á las calumnias

de Saint-Just. En su rabia, en su desesperación, magulló, estrujó este papel, bañándolo con sus lágrimas y arrojándolo á sus verdugos. Este papel, hermoso documento histórico destinado á caer en manos interesadas, se salvó milagrosamente, pudiendo adquirirle la madre de Lucila.



El Palais-Royal en 1794.

¿Quién lo creería? Sus enemigos han explotado los últimos momentos de este reo á quien no se quiso oír.

Danton no temía por su vida, en aquella calma sincera y suprema, sino por la Francia. A través de todos los cinismos se oía la voz dolorida de Danton: «¡Ah, bestias, cómo gritaréis viva la República cuando me veáis pasar!...»

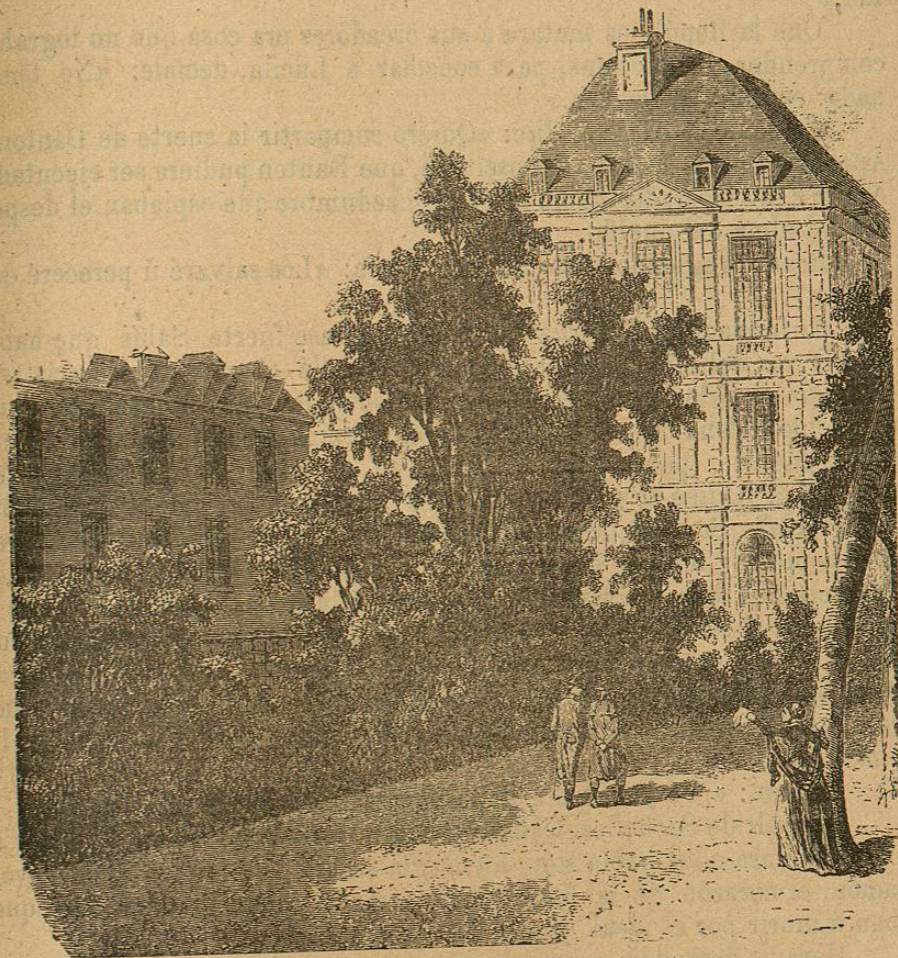
Hasta Chabot se mostró superior.

«¡Que yo muera me parece bien!...—decía Chabot á Bazire.— ¡Pero tú, pobre Bazire!... ¿Qué has hecho tú, pobre Bazire?...»

Bazire portóse heroicamente. Por indigno que fuera Chabot, Bazire permaneció fiel á su amistad.

«¡Pobre Bazire! ¿Qué has hecho?»

Nada. Todo el crimen de Bazire consistía en haber tenido un corazón tierno.



Una mujer errante trabajaba por los prisioneros. La hermosa Lucila. (Pág. 418)

«¡Pobre Philippeaux! ¿Qué has hecho tú?...» El mismo carromato los conducía á todos! Con las víctimas de la Humanidad, las de la Justicia. Philippeaux moría por haber amado al ejército.

Muriendo por la humanidad sentíanse más fuertes.

«Danton—dijo un hombre—mira al cielo... ¿Quién tendrá razón?...»

El sueño de Danton era pacificar la Francia, que desaparecieran los partidos para dar paso á la fraternidad.

Los dantonistas destruyeron el trono y crearon la República.

Quisieron salvarla organizando la justicia, una justicia elevada, humanitaria.

No aborrecieron á nadie y entre ellos amáronse hasta la muerte. He aquí su hermoso lema: «Inseparables en la guerra y en la amistad.»

Que la República matara á sus creadores era cosa que no lograban comprender. Desmoulins, para consolar á Lucila, decíale: «No temas nada: estaré con Danton.»

Ya sobre la carreta, dijo: «Quiero compartir la suerte de Danton.» Apenas admitía, camino del patíbulo, que Danton pudiera ser ejecutado. Amigos desesperados había en la muchedumbre que espían el despertar del alma del pueblo.

Brune, rugiendo como un toro, decía: «Los salvaré ú pereceré con ellos.»

El fundador del *Vieux Cordelier* sentíase fuerte. Sabía que había sido la voz del pueblo. Sobre el carromato dió el espectáculo más trágico que se había visto. Agitábase desesperadamente. Jamás creyó que el pueblo defendido por él con tanta elocuencia los abandonaría. «¡Pueblo... pueblo... pobre pueblo... Como te equivocas, vas á matar á tus amigos!... ¿Quién te guió á la Bastilla?... ¿Quién te dió la invencible escarapela? ¡Soy yo, Camilo Desmoulins!...» Rompió sus vestiduras este hombre y mostró su pecho enrojecido. ¡Qué terrible espectáculo! ¡Parecía que iban á arrancarle el corazón á la patria! Cuando se llegó á la calle de Saint-Honoré, frente á la casa de Robespierre, cerrada, muda, el pueblo redobló sus gritos frenéticos, clamor de cobarde abdicación, siniestro saludo al César en nombre de la guillotina. Desmoulins calmóse un instante: «¡Esta casa desaparecerá!» dijo. En vano se la busca hoy.

Danton: «¡Yo arrastro á Robespierre. Robespierre me sigue!»

Herault de Sechelles, Camilo y Bazire estrecháronse en su amor á Danton. Para ellos había sido la energía sublime de la vida de la Revolución, el corazón de la República. ¡Grande consuelo para ellos que iban á morir por el ideal, juntos con su creador!

Herault descendió primero y tiernamente volvióse para abrazar á Danton. El verdugo se interpuso: «¡Imbécil—dijo—apártate! No podrás impedir que se besen nuestras cabezas en el cesto.»

Camilo miró la brillante guillotina: «Magnífica recompensa para el primer creador de la libertad.»

Rogó después que el verdugo entregará uno de sus bucles á la madre de Lucila.

Danton murió sencillamente. Miró al pueblo con amor, con piedad. Y pasando su mirada de izquierda á derecha dijo con autoridad al verdugo: «Muestra mi cabeza al pueblo, pues vale la pena.»

El ejecutor obedeció, mostrándola á todo el mundo.

Hubo un momento de silencio... Nadie respiraba... Por encima de la voz de la pequeña partida contratada por los realistas se oyó un grito formidable:

«¡Habéis decapitado la República!»

